

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 96.—BARCELONA 6 DE MARZO DE 1916



Soldados ingleses con los cubre-bocas protectores contra los gases asfixiantes

## CRONICA INTERNACIONAL

I. La usurpación y el derecho de conquista.—II. Lección que merece ser imitada.—III. El espectáculo de Francia.—IV. Predicar en el desierto

### I.—La usurpación y el derecho de conquista

El Camerún ha corrido la misma suerte que el África Occidental alemana. El 25 de agosto de 1914 comenzaron las operaciones ofensivas de franceses e ingleses, y por fin los alemanes han tenido que evacuar aquel territorio y refugiarse en nuestra colonia del Muni. Si de algo hay que sorprenderse es de lo larga que ha sido la resistencia de un puñado de hombres incomunicados con su patria, aislados y sin esperanzas de recibir socorro.

Las colonias alemanas del O. de África causaban la admiración de quien las visitaba. Aunque más recientes que los protectorados británicos y franceses, su estado era más floreciente, mejores la administración y la explotación, y el orden y el método reinaban allí. Su contraste con las demás colonias, en especial las francesas, hacía poco honor a los países que se preciaban de su abolengo colonizador. En unos sitios se mandaba y en otros se organizaba; en aquellos, los indígenas tenían que obedecer, sin meterse a discurrir; en éstos, aprendían a trabajar.

El pabellón alemán ha desaparecido de aquellas tierras, que han quedado libertadas (!) del yugo en que yacían. Por lo menos hasta el tratado de paz, gozarán en lo sucesivo las ventajas de la justicia, la libertad y el derecho. Si estas teorías tienen allá más eficacia que en Europa, habrá motivo para congratularse del cambio; pero no llegaremos a saber la opinión de los indígenas.

Resultan, pues, ampliados los territorios británicos. Se ha expulsado al enemigo por la fuerza, la conquista es legítima puesto que se está en tiempos de guerra, y la soberanía alemana ha pasado a la historia; lo mismo debe decirse de los valles inferiores del Eufrates y Tigris, en Mesopotamia. Hay que procurar—dicen los ingleses—que en las conferencias de la paz no se nos arrebate el fruto de nuestras victorias en África, Asia y Oceanía; si la acción militar no ha de prevalecer sobre la diplomática ¿a qué gastar dinero y perder hombres en expediciones lejanas? Puede continuar la guerra en Europa, mientras haya algo por conquistar en otra parte.

Estas teorías británicas estarán o no ajustadas a



lo que se ha dado en llamar derecho internacional, el menos derecho de todos, puesto que está subordinado a lo que dicta la fuerza; pero, ateniéndonos a los precedentes, Inglaterra puede, en justicia, clamar por la legitimidad de sus conquistas y defenderlas con firmeza en el congreso de la paz. Pero, o la ley es igual para todos o toma la forma de un embudo, tan corriente en el orden internacional.

Porque los mismos ingleses que estiman lógico e indiscutible su derecho sobre los nuevos países anexionados, califican de monstruosa la pretensión alemana de quedarse con Bélgica, Polonia, Lituania, etcétera. Según ellos, los alemanes *arrebatan, despojan*, y los ingleses *expulsan y libertan*. El sofisma tendría gracia si no se trasluciera su finalidad: los alemanes, si vencen, continuarán dueños de gran parte de los territorios ocupados en Europa, y los ingleses transigirán si se les cede los africanos, asiáticos, etc.; es decir, que será un tercero quien pague las costas del juicio. Estas cosas tan claras, que están al alcance de cualquiera, hay muchos millones de personas que no las quieren ver; sólo así se comprende que continúe la guerra; que no se lamenten las víctimas, toda vez que ellas son las principalmente responsables.

## II.—Lección que merece ser imitada

Si los Gobiernos continúan desatinados y moviéndose a espaldas de la realidad, embriagándose con los empréstitos de millares de millones, con la fabricación de millares y millares de cañones, con ejércitos innumerables, con el más frenético delirio de grandezas, en una palabra, que conduce al sepulcro; el buen sentido, en cambio, retorna a los simples ciudadanos. Varios hechos, recientes, lo comprueban, y bastará citar uno, de expresiva significación.

El Gobierno británico declaró, poco después de comenzada la guerra, libres las patentes, marcas y demás garantías comerciales de procedencia alemana; no tuvo en cuenta que, en el orden del trabajo y de la inteligencia humanas, las disposiciones oficiales son papeles mojados que no resuelven ningún problema. ¿Qué se consigue, en efecto, con apropiarse una patente o una marca, si no se sabe fabricar el producto a que corresponde?

Los industriales y comerciantes ingleses, gente práctica y conocedora de sus intereses, se están preocupando de lo que acontecerá el día que termine la guerra, y han tenido que reconocer que no se encuentran en estado de sacudirse la dependencia alemana en no pocas ramas de sus negocios. Los abusos—si cuadra esta palabra a lo que está reconocido legalmente—que se comentan ahora, no serán olvidados por Alemania, y cuando se restablezca la paz, el Imperio central negará a los ingleses el concurso que de ellos aceptaba y buscará y encontrará—porque sobran solicitantes—quienes substituyan a las casas de comercio inglesas. Ya que el Gobierno no ha tenido esta precaución elemental, hay que procurar, pues, que no se agríen las relaciones con la industria y el comercio enemigos; a Inglaterra, cada día menos productora, no le conviene que se le cierre una fuente de ingresos que le permitía enriquecerse en todo el mundo. Hay que reconocer que si

de Inglaterra llegan las decisiones más raras, también salen de allí otras muchas sensatas.

La asociación de editores alemanes—dando un ejemplo de tiranía y barbarie, como tantos otros—decidió hace algunos meses, que se respetaran íntegramente los tratados de propiedad intelectual con los países enemigos, como si no se hubiese turbado la paz, y advirtió a alguno de sus miembros, que no se atuvo a este principio, la responsabilidad en que incurrió y que de él sólo serían las consecuencias que se originasen de su imprudencia. Después, la sociedad de editores ingleses ha tomado la misma resolución. No ha faltado algún entusiasta—que probablemente nada tiene que perder en este negocio—que, esgrimiendo el argumento de que se debe inferir al enemigo todo el daño posible, sostenga como funesto y antipatriótico el acuerdo de la sociedad editorial; ésta ha replicado en forma viva, manteniendo su punto de vista y mostrándose completamente resuelta a perseverar en su criterio.

Como este hecho, hay otros varios. Las ilusiones se van disipando, y con ellas la exaltación de los primeros meses. Bueno es que poco a poco vaya reintegrándose la serenidad en los espíritus y que la población pacífica de las naciones beligerantes piense en lo que ha de ocurrir después de la guerra. Aunque no se acelere la terminación de ésta, el terreno estará mejor preparado para recibir la semilla pacífica, y, cuando menos, se irá perdiendo el carácter de ferocidad y represalias que no beneficia a nadie y dañará a todos. A la larga, los estados de opinión consiguen imponerse a los directores de los pueblos y prevalecer sobre los apasionamientos que arrebatan a quienes, por hallarse en inmediato contacto con las atenciones de la guerra, han de descuidar, aunque no quieran, los intereses permanentes de sus naciones respectivas.

## III.—El espectáculo de Francia

La prensa francesa es tan abundante como huera. De los centenares de páginas que se escriben al día, no es posible extraer un adarme de substancia. Parece mentira que una prosa siempre uniforme y repetida, que está explotando hoy los mismos temas que hace año y medio, no se haya indigestado a sus lectores. Es un fenómeno que prueba lo extraviado de las ideas que dominan en la vecina República y cuán fácil y sencillo es gobernarla. Con muchísimos menos motivos para impacientarse, el pueblo inglés ha puesto a raya a sus periódicos, el italiano se revuelve con éxito contra las ilusiones, y hasta el ruso clama contra la verdad oficial.

El centenario *Temps* está cada vez más aferrado a sus delirios de optimismo. Su lectura no puede menos de despertar el regocijo en los neutrales. Siempre vaticinando éxitos y victorias, admira la despreocupación de sus redactores, y pasma mucho más la candidez de sus lectores. ¡Cómo asomaría el rubor a las mejillas de ese periódico si de vez en cuando repasara la colección de sus números atrasados! Pero estamos en guerra, y hay que aprovechar una de sus consecuencias: la falta de memoria y el candor infantil del buen público. La petulancia del *Temps* llega al extremo de creer que impresiona a los neutrales. Es un caso digno de estudio.



El resto de la prensa sigue entregada en cuerpo y alma al espíritu de bandería. Quienes, abogando por la verdad, apuntan contra el Gobierno, que es su eterna pesadilla; quienes, tratando de regenerar a Francia, laboran en provecho de sus ideales; otros, no apartan de sus labios la trompa épica; algunos, han tomado en serio que Francia rige los destinos del mundo; y con esto, mucha literatura, un vocabulario de frases gruesas, estereotipadas, y frecuentes recuerdos a la batalla del Marne—demostración palpable de la pobreza de Francia en glorias militares actuales—queda expresado cuanto cabe decir de la prensa francesa.

Aires de fronda soplan en el Parlamento. Fracados (?) los generales, los oradores pretenden destronarlos. Tal vez los ejércitos serán dirigidos con más acierto a copia de discursos. Los hablistas y charlatanes han querido invadirlo todo; fiscalizan el Ministerio de la Guerra, se meten en los Cuarteles generales, quieren monopolizar todas las actividades. Presumen que pronto acabará su reinado y se aprovechan. Ni que decir tiene que aumenta el desorden, y que si no se pone un fuerte dique a estos hábitos se trastornará la dirección de la guerra, volverá el ejército a conocer las camarillas y se comprometerá la seguridad del país. Entristece la decadencia de Francia; se pierde la idea del deber en los hombres encumbrados, pero que no asumen las responsabilidades del Gobierno, precisamente cuando el pueblo en general está cumpliendo callada y pacientemente sus más dolorosas obligaciones. No se respeta a nada, ni a nadie, por esa minoría de hombres engreídos que son los únicos responsables del desastre. Como su papel se limita a la censura, es muy cómodo; la ironía está en que de allí salen las más ardientes invocaciones al patriotismo, que no es lo que ellos creen, sino que se concreta en cumplir cada cual con su deber; nunca han merecido este nombre el espíritu destructor, ni el posponer el bien colectivo al particular. ¿Serán estas señales las de una descomposición que marque el principio del fin? ¿Laborarán los franceses más en contra suya que los mismos alemanes? En tiempo de guerra, es indudable, hace falta una voluntad de hierro y una mano dura que acalle las lenguas y desate los brazos, y Francia no ha llegado a olvidar los tiempos ominosos de la Convención, barrida por media docena de cañones en las calles de París.

#### IV.—Predicar en el desierto

Funciona hace poco tiempo en Inglaterra una «Sociedad Nacional para organizar la economía durante la guerra», que se propone engendrar el hábito de reducir los gastos superfluos, a imitación de lo que se ha hecho en Alemania sin necesidad de acudir a organizaciones de esta índole. Por ahora, los resultados de sus trabajos han sido nulos; el pueblo, en general, toma a broma esos meritorios esfuerzos, y es difícil convencer a los obreros, que ganan triple jornal que en tiempo de paz, de la necesidad de hacer economías; ¡cuanto más a las clases opulentas y adineradas!

Hace pocos días, la Sociedad ha circulado una hoja invitando a restringir el empleo de los automóviles, cuyo uso inmoderado acarrea los siguientes

perjuicios: 1.º varios barcos y muchos hombres están ocupados en el transporte de gasolina y caucho para automóviles y bicicletas; 2.º los obreros de los muelles, carreros, ferroviarios, etc., han de manejar estos géneros; 3.º los mecánicos son innumerables; 4.º una multitud de personas están empleadas en talleres, garages y tiendas; 5.º otros muchísimos trabajan en las fábricas especiales. De aquí resulta que se distraen brazos al ejército, la escuadra y las fábricas de municiones, y se roban medios de transporte a otras mercaderías más útiles.

Dirigiéndose a las gentes acaudaladas, la Sociedad exclama: «Rogamos a los propietarios reflexionen seriamente si el uso de sus coches está justificado por algo de pública utilidad o por una necesidad real. Nos es imposible aconsejar a las clases más pobres que hagan economías, mientras vean a las más favorecidas gozando de unos placeres costosos e innecesarios». Pero, se les objeta ¿qué tiene que ver la guerra con el pasearse en automóvil? Sin embargo, ha de reconocerse que la Sociedad persigue un fin filosófico que, si se lograra, compensaría todos los perjuicios de la guerra: la austeridad de costumbres.

Por lo demás, el automovilismo reviste los caracteres de vicio nacional en Inglaterra. En 1914 se concedieron las siguientes licencias de circulación: automóviles: 120,051 en Inglaterra, 11,964 en Escocia y 4,435 en Irlanda; motocicletas: 113,043 en Inglaterra, 10,635 en Escocia y 3,093 en Irlanda. Total, 263,221. En 1915 fueron importados otros 16,705 automóviles y 4,531 motocicletas, y en 31 de diciembre último se contaban 218,175 automóviles y 233,381 motocicletas en el Reino Unido. Conociendo estas cifras, no habrá que extrañar que muchos súbditos ingleses no se den cuenta de que su país está en guerra.

De la perseverancia británica hay que esperar que a la larga la Sociedad expresada logre una parte del fin que se propone; y de ello tendremos que felicitarlos los neutrales, porque ya es hora de que imitemos lo bueno, y no copiemos insistentemente lo brillante y llamativo, generalmente pernicioso. Más aprenderíamos mirando a Alemania, pero los ingleses y franceses tienen más habilidad en decorar sus creaciones, aunque originariamente procedan del país enemigo. Venga el bien y venga de donde quiera, pero será mejor recibido si se transplanta de las naciones que hace dos siglos hemos tomado como espejos.

F. LARÍN.

### LA BATALLA DE SOISSONS

(7 a 14 enero, 1915)

(Por el Gran Cuartel General Alemán)

Los combates al N. de Soissons condujeron a un éxito muy estimable de nuestras tropas que allí lucharon, mandadas por los generales von Lochow y Wichura. Durante la guerra de posiciones de los meses anteriores, los franceses ocupaban, en la región de Soissons, unas líneas compuestas por un enjambre de trincheras que, en forma de cabeza de



puente, se extendía por la orilla derecha del Aisne, en dirección al N.

En el ala occidental del campo de batalla se alza, al O. del ferrocarril de Soissons a Laon y desde el ancho valle del río, una altura con muchas simas y cubierta de bosque, en cuya parte más elevada se hallaban en contacto las trincheras de amigos y enemigos, esforzándose los dos bandos en ocupar la cúspide por medio del ataque de zapa. Al E. de la altura y a su pie, se encuentra, en el valle, el pueblo de Crouy; delante de éste y por un corte profundo del terreno, pasa en dirección N. el ferrocarril de

de flanco, enviado principalmente contra las trincheras del Regimiento de Guardias de Corps, fué molestísimo el primer día de Pascua. Con un consumo enorme de municiones, se reanudó el día 7 de enero; aquella valerosa tropa tuvo que sufrir mucho; una posición llamada «el foso de las ametralladoras» fué materialmente arrasada por el tiro enemigo, y las ametralladoras que allí había quedaron enterradas. Después de esta preparación por medio del fuego, procedió el enemigo al ataque, el 8 de enero.

En un frente de unos 200 metros consiguió pe-



El príncipe Jorge de Grecia (hermano del rey Constantino) y su esposa la princesa María

Soissons a Laon. Al E. de la vía, y a su inmediación, hay una serie de canteras, en las que nuestros soldados se habían instalado magistralmente. La posición llamada de «la cantera» forma el contrafuerte occidental de la meseta de Vregny, que se extiende al E. de la vía y, en toda su parte S., se hallaba en poder de los franceses. Desde el río suben hacia la meseta varios barrancos largos y profundos.

La artillería pesada francesa encontró en ellos posición muy favorable. Los observadores que en el borde de la meseta estaban subidos en árboles y protegidos por escudos, dirigían el fuego de flanco de las piezas de grueso calibre, contra las posiciones alemanas de la citada altura. Ese fuego

netrar en las trincheras alemanas, de las cuales no se le pudo expulsar a pesar de numerosos intentos. En ellas, y durante los días y noches que siguieron hasta el 11 de enero, se riñeron combates a corta distancia sumamente violentos: difícil es imaginarlos más sangrientos y encarnizados. Los *turcos* lucharon allí, no sólo con sus fusiles y bayonetas, sino a mordiscos y cuchilladas.

Era preciso despejar rápidamente la situación. El 12 de enero emprendieron las fuerzas alemanas un contraataque que, por de pronto, se dirigió menos contra la altura del bosque que contra las posiciones francesas que se le unían por ambos lados. A las 11 en punto salieron de la cantera nuestros soldados,



que durante los meses de quietud en las trincheras no habían perdido nada de su espíritu ofensivo, y arrancaron al enemigo, en una acometida enérgica, sus trincheras más próximas y sus puestos de observación de artillería. Cedió inmediatamente el fuego de flanco francés contra la altura del bosque. Se acababa de alcanzar el objetivo principal de este primer ataque cuando, unas horas después de mediodía, nuestros bravos tiradores de la extrema ala derecha ganaron en un avance victorioso un kilómetro de terreno. Procedióse entonces también al ataque contra la altura del bosque, y fueron arrojados los franceses, primero, de las trincheras alemanas y después de las suyas propias y de la altura, quedando a media ladera, donde nuevamente se hicieron fuertes.

bían establecido todo un sistema de trincheras, con el que parecían sentirse muy seguros.

Fué otra vez la hora de mediodía, la que llamó a nuestras tropas a nuevos ataques. A las doce en punto se notó animación en las trincheras alemanas; siguió a ello un asalto violento. A las doce y tres minutos se había conquistado la primera línea de defensa francesa, y a las doce y trece minutos la segunda. Tal fué la rapidez del avance, que un ataque de flanco desde el bosque de Vregny no llegó a tiempo de producir efecto, y al caer la tarde del 13 todo el borde de la meseta estaba en poder de los alemanes. El enemigo solamente se mantenía ya en los pliegues y en las laderas que caen hacia el valle del Aisne. El éxito de este ataque alemán colocó en una



Infantería francesa dirigiéndose al campo de batalla

Según manifestaron los prisioneros, creían los franceses que el ataque alemán, al reanudarse, arrancaría de la altura del bosque, es decir, de nuestra ala derecha. Esperando la acometida por ese lado, enviaron hacia él refuerzos de consideración. Desde los puestos de observación conquistados a los franceses, a cuyo pie se encuentra todo el valle del Aisne, con Soissons y su catedral, se observaba perfectamente la llegada de esas reservas en automóviles y por ferrocarril.

El ataque alemán tuvo lugar el día 13 de enero, pero en punto enteramente distinto. Sorprendiendo por completo al enemigo, fueron el centro y la izquierda alemanes quienes se propusieron apoderarse de la meseta de Vregny, en la que los franceses ha-

situación desesperada a las fuerzas francesas que, por la región de la altura del bosque, avanzaban contra nuestra ala derecha. Porque cuando el extremo de ésta reanudó, el día 14, su ataque envolvente, y fuerzas del centro se dirigieron por Crouy hacia el Oeste, no les quedó a los franceses que habían avanzado contra la altura del bosque más remedio que entregarse. No podían retroceder, porque la artillería alemana de grueso calibre dominaba el valle del Aisne. De las laderas de las alturas de Vregny fué arrojado el mismo día el enemigo, que durante la noche no había retrocedido hasta el Aisne o repasado el río.

Una compañía del Regimiento de Guardias de Corps llegó en la obscuridad hasta los arrabales de



Soissons. Nuestras patrullas limpiaron de enemigos todo el terreno hasta el Aisne, y sólo consiguieron sostenerse algunas unidades francesas en el arco del río al E. de la ciudad.

En los días de estos combates de Soissons se hizo retroceder al adversario de 2 a 4 kilómetros en un frente de 12 a 15, y esto a pesar de sus fuertes posiciones y de su superioridad numérica. Habían luchado, por su parte, la división de infantería número 14 y la 55 de reserva, una brigada mixta de cazadores, un regimiento de infantería territorial, y además turcos, zuavos y tiradores marroquíes. De toda esta fuerza, cayeron prisioneros más de 5,000 hombres, y el botín de guerra fué muy considerable. Se cogieron 18 piezas de grueso calibre, 17 ligeras, cañones revólver, numerosas ametralladoras, pistolas de iluminación, granadas de fusil y de mano, y grandísimas cantidades de municiones de infantería y artillería.

Esa lucha gloriosa la emprendió la tropa alemana después de muchas semanas de quietud en una campaña de invierno, de lluvias y huracanes. Los mismos días de los combates lo fueron de agua y vendabal. Las marchas se efectuaron por caminos deshechos, los combates se riñeron en campos enfangados, en fosos llenos de barro y en canteras con numerosas cuevas. Muchas veces las botas se quedaban pegadas en el barro, y el soldado seguía peleando descalzo.

Excede a todo elogio la labor realizada en aquellas jornadas por nuestras tropas, sucias desde luego en su aspecto, pero brillantes en cuanto a su vigor y espíritu guerrero. Su jefe supremo, el Emperador, que estuvo con ella en aquellas horas, rindió un tributo a su valor, constancia y heroísmo, concediendo sobre el campo de batalla elevadas condecoraciones a los jefes responsables. Como es sabido, fueron condecorados el general von Lochow con la cruz «Pour le Mérite», y el general Wichura con la encomienda de la orden de Hohenzollern.

El éxito de la batalla de Soissons se debe a la dirección enérgica, capaz y decidida, a los enormes esfuerzos de la tropa, y al brillante trabajo de conjunto de todas las armas, y especialmente de la infantería, artillería de campaña y a pie, y de los zapadores, que mutuamente se apoyaron de una manera perfecta. Las tropas de comunicaciones contribuyeron también considerablemente al éxito. El pueblo alemán puede sentirse orgulloso de contar con tales tropas y jefes.

Traducido por  
GRAVELINAS

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

¡Tutti contenti!

(El señor A).—Los italianos tienen más razón que un santo; ¿cómo van a llevar gruesos contingentes a Macedonia, si están empeñados en una guerra en que se ventila el porvenir y la existencia del Reino?

—¿Dónde tiene lugar esa guerra tan pavorosa?

(El señor A).—¡Se necesita frescura...! ¿Aún no se ha enterado V. de que Italia y Austria-Hungría están en guerra desde el 21 de mayo del año pasado?

—Sabía lo del Isonzo y lo del Col di Lana, así como los vuelos y las proclamas de Annunzio, pero no me figuraba que de esa guerra dependiera el porvenir y la existencia de Italia. Creía que todo se reducía a saber quién había de ser en definitiva el dueño del Trentino y de Trieste, o sea si el irredentismo era algo real o un nuevo fantasmón.

(El señor A).—Pues, no, señor; vea V. lo que dicen los periódicos italianos y los corresponsales de la misma nacionalidad; la situación es grave, el duelo es a muerte, está Italia comprometida en sus fronteras del Norte, y no sería prudente acometer otras empresas.

—¿V. cree sinceramente en tales razonamientos? No son más que pretextos...

(El señor A).—Vive V. fuera del mundo, don Subrio.

—Del civilizado, desde luego, puesto que no resido en Francia, Inglaterra, Italia o Rusia. Pero, insisto en mi opinión. Si pende de un hilo la existencia de Italia, ¿por qué la península se metió en la guerra? ¿Peligraba su seguridad, atentaba nadie a su integridad? No creo que ninguna nación exponga voluntaria, espontáneamente, su existencia, pudiendo permanecer tranquila en casa, haciendo la barba a los tontos que se vapulean, y lucrándose a costa de tirios y troyanos, como nuestro excelente tío Sam.

(El señor A).—Será lo que V. quiera, pero lo cierto es lo que yo he dicho.

—De donde colijo que Italia creyó coger una uva madura y se encontró con un hortelano armado de garrote. Claro es que esto no merece el nombre de equivocación, ni de fracaso, ni de desengaño; es una victoria como cualquiera otra... de los aliados. Iba a decidir la guerra mundial... y se ha quedado con la boca abierta contemplando las profundidades del Isonzo y los picos del Tirol. No es mal papel el que está haciendo; por lo menos de lucimiento, porque convendrá V. en que los italianos se han lucido.

(El señor B).—Cualquiera diría que no hay asuntos más importantes en qué ocuparse.

—¿Los banquetes de Briand en Roma y los del gran directorio en París?

(El señor B).—Hágase V. el distraído, que ello aumenta mi alborozo. ¿Cómo van los turcos, don Subrio, están buenos y satisfechos? ¿No me dice V. nada de ellos?

—Las últimas noticias que tengo son las referentes al botín que recogieron en Gallípoli.

(El señor B).—¿Conque Gallípoli, eh? ¡Ja, ja! ¿Ha oído V. hablar por casualidad de una capital que se denomina Erzerum?

—Mil enhorabuenas, querido Gran Duque. Se me había olvidado felicitarle.

(El señor B).—¿Todavía cree V. en la victoria de los imperiales? ¿No le ha abierto los ojos la conquista de Erzerum? Ahora sabrá V. quiénes son los rusos.

—¿Ha leído V. por casualidad el telegrama del Kaiser a su egregio pariente, el Czar de todas las Rusias, blanca, roja, negra, grande, pequeña, incluso la que es alemana?

(El señor B).—Será una broma de V. porque los periódicos nada han dicho.

—Cierto y muy cierto; me lo ha referido confidencialmente un diplomático; dice así: «Ahí me las



den todas. Mata muchos turcos que yo les haré solemnes funerales en Kiev». Hay quien añade que pidió que el Gran Duque volviera al frente europeo, pero parece que tiene bastante con la misión francesa para seguir haciendo penitencia.

(El señor A).—Perderá V. el tiempo, señor B, hablando de estas cosas con don Subrio; como le escuecen, hará lo indecible para apartarle de la cuestión.

—No esperaba salir tan bien librado. Es un favor que no olvidaré cuando entremos en París o libertemos a Dunquerque y Calais. Pero, no se las echen ustedes de generosos. ¿Soy tan lerdo que no me he dado cuenta del poco entusiasmo de franceses, italianos e ingleses?

(El señor B).—Con la conquista de Erzerum, el ataque al canal de Suez queda aplazado para *in eternum*; los turcos tendrán que retirar sus tropas de Siria para enviarlas a Armenia, e Inglaterra quedará libre de aquella preocupación. ¿No le parece a V. lo mismo, señor A?

(El señor A).—¡Completamente! Al mismo tiempo, ya no hay que pensar en el ataque a Salónica; a toda prisa serán enviadas al Asia las divisiones que se habían concentrado en Tracia. ¿Está V. de acuerdo conmigo, señor B?

(El señor B).—¿Cómo no, si ello es evidente? Excuso decirle a V. que el ejército turco de Mesopotamia tendrá que encaminarse al Cáucaso, dándonos facilidades para la conquista de Bagdad y de todo el Sur de Persia. ¿Coincidimos?

(El señor A).—Como buenos y excelentes aliados. Es claro que los austriacos, no contando ya con el apoyo de los turcos, tendrán que hacer alto en su avance por Albania, por lo que ni Durazzo, ni Valona caerán en poder de los imperiales. Dueños nosotros de la costa, podremos desembarcar al ejército serbio recién organizado y arrojarlo...

(El señor B).—Exactamente; iba yo a decir lo mismo. Rumanía no vacilará ya más y caerá valientemente sobre los austriacos y búlgaros...

(El señor A).—Tal vez se le anticipe Grecia, que arde en deseos de combatir...

(El señor B).—Es muy posible. Con todo, las consecuencias más importantes se tocarán en el frente francés; atraídos los alemanes hacia el E., para ayudar a los turcos, nuestras tropas podrán tomar la ofensiva y franquear el Rhin. Devolveremos la libertad a Bélgica, pero no sin tomar algunas medidas que eviten en lo sucesivo la repetición del atropello cometido por los alemanes; las costas no deben de quedar guardadas por las débiles fuerzas militares de Bélgica.

(El señor A).—Pasemos este punto. Mejorada la posición de Rusia, no tardará V. en ver a Suecia al lado de la Cuádruple, lo que apresurará la rendición de Alemania.

(El señor B).—Y no digo nada de los italianos; ya era hora de que los austriacos se replegaran y dejaran avanzar a los italianos hacia la península de Istria.

—Se han disparado ustedes; ¿me permiten una pregunta? Todas esas dichas y venturas ¿son consecuencia de la conquista de Erzerum por el Gran Duque?

(El señor A).—Consecuencias inevitables y obli-

gadas, que ni el más escéptico osará negar.

—Deduzco que la victoria de Erzerum ha sido más importante que la del Marne.

(El señor B).—No exagere V., no tanto! En el Marne pegamos a los alemanes...

—¡Y tan pegados, como que desde entonces no se los pueden ustedes despegar de encima!

(El señor B).—... mientras que en Erzerum los derrotados han sido los turcos.

—Según ustedes ¿Erzerum es de más interés que Varsovia, Amberes, Kovno, Vilna...?

(El señor A).—¡No sea V. criatura, don Subrio! ¿Qué va V. a comparar esas pequeñas retiradas, asututamente hinchadas por los alemanes, con Erzerum?

—No, si yo no comparo nada; me hago cruces. Continúen ustedes su plática, que me divierto mucho oyéndoles. ¿No tienen más que decir?

—(El señor B).—Los resultados indicados son los inmediatos, los que se están tocando ya; otros, de mucha más trascendencia, vendrán enseguida.

(El señor A).—Están al alcance de cualquiera. Reforzado el ejército ruso del Cáucaso, la persecución de los turcos será más activa y sobrevendrá la descomposición del enemigo en Oriente. Nosotros nos apresuraremos a recoger el fruto.

(El señor B).—La cuestión está en que los rusos continúen resistiendo a los austro-alemanes, y no cejen en sus contraataques, para atraer a las fuerzas enemigas.

(El señor A).—Sí; no importa que Rusia se agote, que aquí estamos nosotros para recompensarla después, como a Bélgica y Serbia y acaso Montenegro.

—¿Eso es todo el beneficio que habrá reportado a los rusos la toma de Erzerum?

—(El señor B).—Como esta es una guerra de alianzas, el caso es que la ventaja sea para nuestro grupo, aunque alguno de los miembros resulte descalabrado; ya se le dará la debida compensación. Nosotros aguardamos con firmeza, arma al brazo.

(El señor A).—Orgullosa y envanecida puede estar Rusia del papel que le hemos encomendado; la confianza que nos inspira no la pondríamos en cualquiera.

(El señor B).—Y, sobre todo, que ya se sabe que en las alianzas cada cual desempeña una función determinada; de la nuestra, no puede Rusia estar descontenta.

—Así es: ustedes fuman y Rusia escupe hasta echar los hígados, y ¡tan contenta!

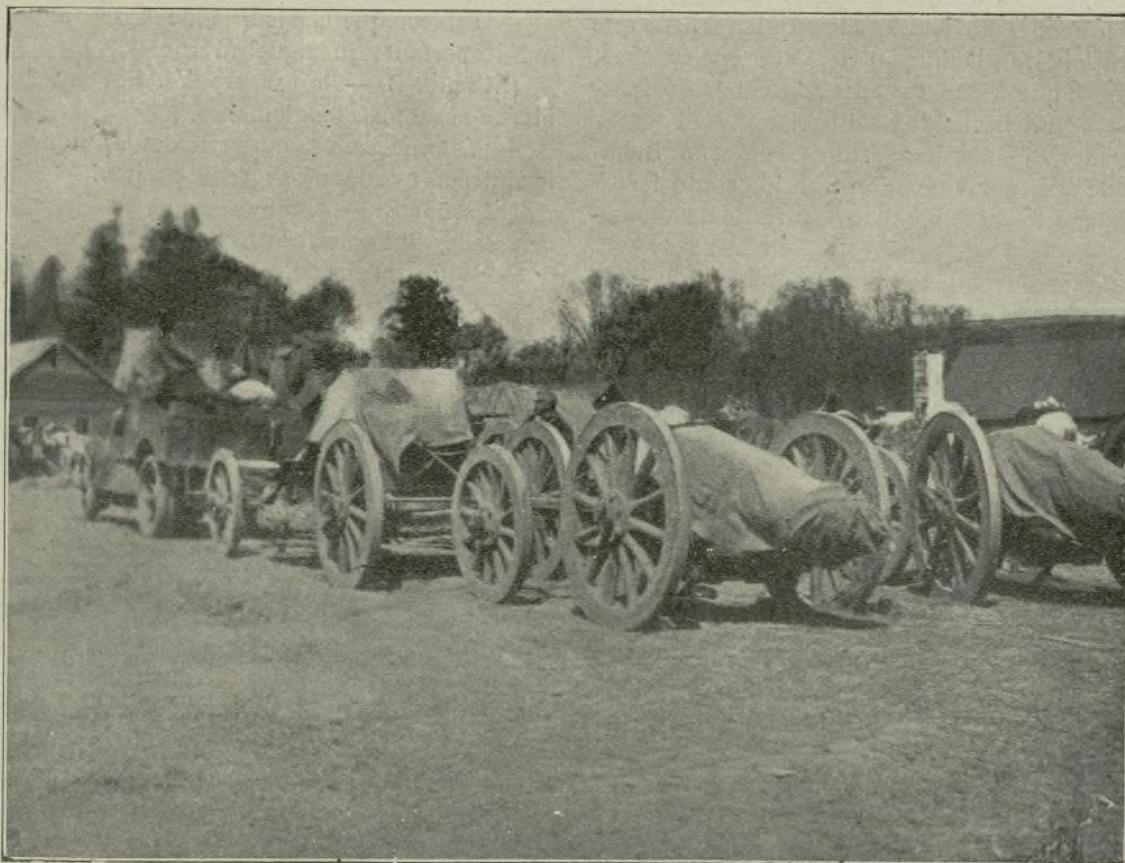
SUBRIO ESCÁPULA

## EL ARETHUSA

Con motivo de la pérdida del crucero *Arethusa*, la prensa inglesa recuerda la gloriosa historia de este barco, el más famoso y popular de la armada inglesa, que fué construído en 1912 con el propósito de servir de «oídos y ojos a la escuadra, lo mismo de día que de noche», según la feliz expresión de mister Churchill. Más fuerte y más veloz que los destruyers y torpederos, era el tipo de crucero más rápido de aquella flota. He aquí cómo describe sus servicios una nota inglesa.

«No hacía 48 horas que el *Arethusa* había izado





Artillería pesada austriaca en Galizia



Artillería austriaca de montaña en el S. del Tirol





Prisioneros italianos en uno de los combates del Isonzo



Cuadros y dibujos hechos por los oficiales ingleses prisioneros, y con los que se organizó una exposición en Berlin. Varios oficiales han aprendido este arte, en los cursos que se les han dado durante su cautiverio

Ayuntamiento de Madrid



su gallardete cuando entró en fuego en la batalla del seno de Heligoland. La insignia del comodoro R. I. Tyrwhitt fué trasladada al *Arethusa* desde el *Ame-thyst*, quedando así aquel crucero jefe de las flotillas de destroyers de la gran escuadra. Se recordarán las circunstancias de aquella batalla. El *Arethusa* se había adelantado con dos escuadrillas de destroyers para atraer como cebo al enemigo. Poco después de amanecido el 28 de agosto de 1914, fué visto un destroyer alemán, al que se le dió caza, lo mismo que a otros barcos análogos que pronto aparecieron, hacia Heligoland. El *Arethusa* no tardó en entablar combate con dos cruceros y varios destroyers, hasta que un disparo afortunado averió el puente de uno de aquellos, que viró en redondo y huyó hacia Heligoland. En este combate, reñido a una separación de 3.000 metros, el *Arethusa* recibió graves averías, y todos sus cañones, excepto uno de 15.2 centímetros, y todos los tubos de lanzar quedaron inservibles. El oficial de señales, teniente Eric Westmacott, cayó muerto junto al comodoro. Una granada, que estalló junto a un montón de municiones, provocó un incendio, que fué prontamente extinguido.

»Efectuadas las reparaciones necesarias, el *Arethusa* volvió a entrar en acción con un crucero de cuatro chimeneas, y después con el crucero de tres chimeneas Mainz. Al cabo de 25 minutos, el Mainz comenzó a hundirse por la proa, y, como apareciera en aquel momento la escuadra de cruceros ligeros, el barco enemigo no tardó en ser destruído. Pero el *Arethusa* padeció también gravemente. Las averías recibidas redujeron hasta tal punto su velocidad, que tuvo que ser remolcado a Nore, pero la destreza y el ingenio de sus maquinistas fueron tales, que por sus propias fuerzas pudo trasladarse luego a Chatham.

»De nuevo entró en acción en la empresa contra Cuxhaven. Mientras aguardaba el regreso de los aviadores, fué atacado por taubes y zeppelines, por el aire, y por submarinos, bajo el agua. Gracias a sus rápidas maniobras pudo evitar el ataque de los submarinos, y los dos zeppelines fueron puestos fácilmente en fuga por sus cañones. Aunque los hidroplanos le arrojaron algunas bombas, no le alcanzó ninguna.

»En la batalla del Dogger Bank, el 24 de enero de 1915, sus torpedos dieron el golpe de gracia al *Blücher*. El barco alemán había ya recibido graves averías por el tiro de nuestros barcos, cuando se acercó el *Arethusa* a toda velocidad. Recibió el último disparo del *Blücher* y, navegando a su alrededor, le descargó dos torpedos, que hicieron blanco».

Unido al *Arethusa* está el nombre del comodoro Tyrwhitt, comandante de las flotillas de destroyers de la primera flota y uno de los marinos más amados por el pueblo inglés. Sirve en la marina desde 1883, fué promovido a teniente en 1892, tomó parte en los sucesos de Nicaragua, en 1894, a bordo del *Cleopatra*, y en 1903 ascendió a comandante. Mandó varios barcos, y fué promovido a capitán de navío en 1908, siendo capitán de banderas en 1910 con sir Douglas Gamble, en el Mediterráneo. Cuenta ahora

cuarenta y seis años, y es comodoro desde diciembre de 1914.

## LA CARESTÍA DE LA VIDA EN RUSIA

Las sustancias alimenticias han experimentado en Rusia una gran elevación en sus precios, desde que comenzó la guerra, según demuestra la siguiente nota:

Trigo, 62 por 100; harina de trigo, 51 por 100; arroz, 79 por 100; harina de arroz, 81 por 100; trigo negro, 123 por 100; mijo, 101 por 100; carne, 37 por 100; manteca, 95 por 100; sal, 143 por 100; azúcar, 56 por 100. Estos aumentos son en Petrogrado.

Como las más de esas sustancias se producen en Rusia en cantidades enormes, ¿a qué debe atribuirse la considerable elevación de sus precios? Principalmente, a la dificultad de los transportes y, de un modo más general, a la torpeza de la Administración.

Los rusos perdieron o inutilizaron un gran número de vagones de ferrocarril, y las líneas férreas están dedicadas, casi por completo, a los transportes militares; no hay manera de llevar los géneros de un punto a otro con la rapidez y en la medida necesarias. Por si esto fuera poco, el desorden es tal, que trenes enteros permanecen cargados días y hasta semanas junto a los muelles, esperando que se reciba la orden para proceder a su descarga; otros, quedan casi abandonados en los cruzamientos, y se ha dado más de una vez el caso de desocupar un tren para hacer lugar a otros géneros, perdiéndose la primera mercancía y deteniéndose la otra algunas estaciones más allá para sufrir la misma suerte. En unas provincias puede decirse que se tira el trigo, mientras que en otras no se recibe apenas un saco. Con la leña, de primera necesidad en aquel país, acontece lo mismo; excusado es añadir que los artículos de importación faltan por completo hace meses, dificultándose la vida de las clases modestas.

Este desorden brinda ancho campo al agio y a la especulación. Los acaparadores aumentan los estragos de la escasez de ciertos géneros, atribuyendo a la Administración la culpa de que no lleguen materias, que ellos tienen buen cuidado de detener en el camino para provocar un alza forzada en los precios.

Así como la organización alemana ha salvado a su país del hambre y la desesperación, la desorganización rusa está produciendo daños y crisis que en modo alguno hubieran ocurrido en aquel Imperio, frugal, paciente y pródicamente dotado de los artículos de primera necesidad indispensables para la alimentación. La dominación de las provincias industriales y de la mitad de las costas del Báltico por los alemanes y la incomunicación del mar Negro, han acabado de trastornar la vida regular de Rusia. Esta situación preocupa a los gobernantes aún más que la marcha de la guerra, pero la máquina administrativa está tan viciada y mal montada, y hay tales resabios en sus abundantes engranajes, que resulta imposible poner remedio a lo que está aconteciendo.



## CRÓNICA MILITAR

I. La lucha por el dominio del aire.—II. Aparición del factor moral en la presente guerra.—III. La premisa de la futura ofensiva.—IV. Verdun.—V. La situación el 29 de febrero

### 1.—La lucha por el dominio del aire

Desde antes del último ataque de los zeppelines a Inglaterra, se preocupaba la opinión militar de aquel país del estado de inferioridad de la aviación británica con respecto a la alemana. Los daños causados por el ataque y la extensa zona en que se desenvolvió conmovieron hondamente al pueblo, y hoy el tema obligado en Inglaterra, lo mismo en la prensa, que en los centros directores y en la masa del país, es el dominio del aire. Los técnicos han aprovechado este estado de opinión, engendrada por la audacia del adversario, para llevar a todos el convencimiento de que Inglaterra necesita en igual grado la supremacía marítima y la aérea; la escuadra ya no bastará en lo porvenir.

La situación geográfica de Inglaterra, favorecida por una escuadra formidable, sostenida tenazmente a la cabeza de todas las demás, ha permitido durante siglos a aquella nación tomar, en los conflictos continentales, la parte puramente que le convenía, a la par que dejaba sentir su acción en todos los mares y sobre todos los países bañados por los Océanos. La aparición de los submarinos pareció en los primeros momentos que iba a variar tan favorable estado de cosas, pero no tardó en renacer la confianza en los espíritus británicos, que están ya tranquilos en lo que atañe al nuevo elemento de guerra. Si Inglaterra ha podido construir más acorazados y cruceros y torpederos que nadie ¿quién dudará que el número de sus submarinos duplicará o triplicará al de la escuadra que posea más? Con esto, y la eficacia, que seguramente se robustecerá, de las flotillas de destroyers y torpederos, como instrumento de protección contra los ataques bajo el agua, aparte de los otros recursos que ahora emplea y que también se perfeccionarán, no hay en realidad motivo para extraordinaria alarma. Al fin y al cabo, la guerra submarina no es más que una forma de la guerra naval.

No acontece lo mismo en lo que se refiere a las flotillas aéreas. No se soñaba siquiera con el conflicto presente, ni se había desatado la guerra en los Balkanes, en 1912, cuando la prensa militar y técnica inglesas consagraban atención preferente al fomento de la aerostación y aviación; se estudiaban con interés los progresos que se hacían en el extranjero, no se regateaban las sumas necesarias, y era patente que Inglaterra aspiraba a ocupar el primer puesto en esta rama de la ciencia práctica. Con tales pretensiones entró en la guerra actual. Su desengaño fué tremendo, pero no desmayó. Con perseverancia ejemplar ha luchado un día y otro por conquistar la supremacía en el aire; y ciertamente la hubiera alcanzado si sus hombres de ciencia desplegaran el entusiasmo y la capacidad de sus hombres de acción. Le sobran aviadores excelentes a Inglaterra, pero le faltan quienes perfeccionen los aparatos y les den caracteres a la vez prácticos y militares. Alemania, que trabajaba en la obscuridad y a la que

se creía atrasada en aviación, dejó muy atrás a franceses e ingleses y sigue en primer lugar; a ella se deben casi todos los perfeccionamientos que han dado origen a los nuevos tipos de aviones, copiados luego y en parte modificados por sus adversarios. Es difícil que se le arrebathe el cetro; con todo, cabe rivalizar con ella, y no hay que desesperar de que en lo porvenir se compita con ventaja con la aviación alemana. Por lo demás, el aeroplano, por la escasa dotación de proyectiles que puede llevar y la necesidad de mantenerse en constante movimiento, no es un arma capaz de inspirar serias inquietudes a una nación, y mucho menos de llegar a comprometer su existencia, por las heridas que produzca en los elementos vitales de defensa: barcos, fuertes, parques, almacenes, ferrocarriles, etc.

Más temibles son los zeppelines. En poco más de un año, los dirigibles alemanes han sido objeto de perfeccionamientos que casi han duplicado su velocidad, han aumentado su poder ofensivo, han extendido su radio de acción, han simplificado su maniobra y han robustecido su fuerza ascensional. Si esto se ha conseguido en tan corto tiempo, ¿qué sucederá dentro de cinco, de diez, de veinte años, a lo más? El zeppelin, en general, el dirigible, está llamado a ser un arma formidable de ataque, capaz de hundir una escuadra, reducir a escombros un fuerte o arrasar una ciudad. Nuevo acorazado del aire, una escuadrilla de aeroplanos le protegerá y amparará en sus largas expediciones a los países enemigos. El «aislamiento» inglés está llamado a desaparecer, víctima de los nuevos artefactos. Estos cuestan menos que los barcos de guerra, y—lo que es más grave—no son ya patrimonio de las naciones cuyo litoral sea más extenso, puesto que el aire es común a todos; aunque función siempre de los recursos económicos, el dirigible es más bien fruto del ingenio humano y consecuencia del estado de adelanto de las industrias mecánicas. De aquí que no sean vanos los temores de Inglaterra, ni debamos distraer la atención de los esfuerzos que realice en esta materia, que es de interés vitalísimo y general.

Deseosa Alemania de conservar su supremacía en el aire y resuelta Inglaterra a arrebatársela por todos los medios y sin detenerse ante los mayores gastos, los dirigibles serán objeto, mientras dure la guerra, y todavía más cuando se restablezca la normalidad internacional, de constantes mejoras; el problema aéreo quedará resuelto en breve plazo, y aquel día la nación que quede rezagada estará a merced de las que hayan sido más previsoras. El duelo entablado entre Inglaterra y Alemania tendrá consecuencias de orden general, y conviene prepararse a tiempo. Los aviones serán la caballería aérea, pero los dirigibles representarán la artillería pesada del aire, a la que nada resistirá, porque, por más que se haga, será imposible acorazar los nervios nacionales y hallar protección satisfactoria contra el tiro vertical. Ha de sobrevenir, pues, una honda transformación en la artillería terrestre, iniciada hace ya años; las opera-



ciones nocturnas tendrán que ser más frecuentes; y, ante todo, habrá de atribuirse mayor importancia a los medios de lucha aérea, porque la mejor garantía contra un ataque se encuentra en adelantarse a él para tomar la ofensiva.

Estas verdades las ocultan los beligerantes cuanto pueden: los unos, para que sus enemigos no se preparen, y les dejen como hasta aquí el campo libre; los otros, porque su inferioridad les veda reconocer la ventaja que tiene el adversario, ventaja que si se proclamara deprimiría el espíritu público; pero basta observar la preocupación de la Gran Bretaña—que por el momento es la que más tiene que temer—para convencerse de que la aviación, en sus dos formas, ha comenzado a tomar un desarrollo que, dentro de poco, será prodigioso. En esta ocasión, Inglaterra, que si fué vencida no incurrió en imprevisión, está dando un ejemplo meritorio, sin imitadores hasta ahora, pero que los tendrá seguramente. No debemos apartar nuestra atención ni de ella ni de Alemania, ni dejar de estudiar el influjo que la aviación ha de tener necesariamente en la defensa del país y en los métodos de guerra.

## II.—Aparición del factor moral en la presente guerra

Si examinamos el aspecto general de las operaciones de los aliados, a partir de octubre de 1914, concluiremos que sus esfuerzos se han enderezado a resistir en el Oeste y a golpear en el Este. La acción de los italianos apenas ha influido en los otros dos frentes. Según este plan general, corresponde a los franco-ingleses la parte más fácil, y la más difícil recae sobre los rusos. Las características de los respectivos ejércitos aconsejaban lo contrario, esto es, servirse de la capacidad combatiente de los franceses, eminentemente ofensiva, y utilizar la extraordinaria cohesión y resistencia de los rusos cuando luchan a la defensiva; pero en la guerra no siempre se hace lo que conviene, sino lo que se puede, y el plan en sus líneas generales ha sido impuesto por la superior iniciativa de los alemanes.

No es menester recordar que los rusos son, de los cuatro principales aliados, los que han resultado más castigados. No obstante, todavía de vez en cuando intentan ejercer, si no de rodillo, por lo menos de ariete. Reconocen que su antiguo ejército, el nervio de la defensa nacional, está destruido, y que el actual es bisoño, sin la solidez de que carece todo lo nuevo e improvisado, y con pocos oficiales; pero creen suplir estas deficiencias con la inmensidad del territorio, que se presta a sucesivas retiradas antes de que el enemigo obtenga un éxito decisivo. Por grandes que fueran las fuerzas de los Imperios centrales, no bastarían para ocupar y dominar la Rusia europea, por lo que, si los moskovitas no se desaniman, no hay que pensar en que la guerra pueda terminar por sólo la acción militar.

Pero esto sólo es admisible en teoría. La voluntad de un luchador no puede sobreponerse a sus fuerzas físicas, y lo mismo acontece con los pueblos. Conociéndolo, los alemanes, con su campaña de mayo a octubre, arrebataron a los rusos sus bases de ofensa y defensa, poniendo como consecuencia en condiciones de seguridad la Prusia Oriental, Posnania, Si-

lesia y Hungría; además, pusieron frente a los rusos a los polacos y lituanos; se adueñaron de las provincias más industriales; y destruyeron la flor del ejército enemigo. De aquí que Rusia, pese a sus alardes ofensivos, esté de hecho reducida a la defensa, y tenga que preocuparse en todos los momentos de una nueva acometida, que si fuera tan feliz para el adversario como la anterior, desvanecería casi seguramente las esperanzas rusas de prolongar casi indefinidamente la guerra. Esa acometida no se ejecutaría sin que los austro-alemanes padecieran cuantiosas pérdidas, y la debilitación que tendría lugar favorecería la entrada en línea de los franco-ingleses, en el frente opuesto, quienes serían los encargados de derrotar al enemigo.

Según estas premisas, la llamada guerra de *desgaste* no es la que se desenvuelve en el Oeste, sino que está encomendada a los rusos; los franco-ingleses, por el contrario, salvo sus fracasos de Artois y Champaña, están desarrollando una campaña de *conservación*, a expensas de las energías de sus aliados los rusos. Son como un ejército de reserva que aguarda el momento oportuno para intervenir, con la diferencia, enorme, de que el que se bate pertenece a otra nación, defiende otros intereses y está sometido a otro mando. No debe, pues, contar demasiado con la acción de las tropas que no dependen de su voluntad.

Ese ejército de reserva—el franco-británico—, a su vez, tiene a retaguardia otra reserva prácticamente invulnerable: Inglaterra, protegida por el mar y defendida por sus acorazados, de suerte que los imperiales tampoco alcanzarían, teóricamente, la victoria definitiva, aunque derrotaran a los franco-anglo-belgas del Oeste, pero se acercarían mucho a ella si conseguían quebrantar a Inglaterra, empresa que hasta ahora es superior a su poder y a sus fuerzas.

No daría mejor resultado una enérgica campaña contra Italia; este reino está, económicamente y en su vida interior, en manos de Inglaterra, que puede obligarle a proseguir la lucha aunque sea vencido o se persuada de la imposibilidad de su triunfo. Aparte de esto, una ofensiva en Italia quebrantaría mucho a los imperiales, con menoscabo de la fuerza que tan necesaria les es en el teatro occidental.

Se comprende, por estas someras indicaciones, cuán extraordinariamente difícil es a los imperiales decidirse por un objetivo concreto que les conduzca a una paz victoriosa. Cualquier error, aunque de momento les llevase a un éxito en un teatro determinado, podría descomponer el equilibrio general y provocar un desastre.

Del lado de los aliados, la situación no es menos complicada. Por sus condiciones especiales, Francia no se encuentra en el caso de Rusia, de soportar muchas retiradas de su ejército. Debe reservar sus fuerzas, que son las que constituyen el nervio de la resistencia general y la principal esperanza de sus amigos, y, al mismo tiempo no demostrar, con los ingleses, una actitud que podría ser interpretada como síntoma de egoísmo y desalentaría a italianos y rusos. Para no incurrir en el vicio de arriesgarse demasiado, ni en el opuesto de precaverse con exceso, la dirección de la guerra debe de desplegar talentos más propios de un diplomático que de un caudillo. Los franco-ingleses tienen vedado, hoy por



hoy, el pensamiento de llegar al Rhin; saben que mucho antes quedaría su ejército deshecho; pero tampoco han de reducirse al papel de testigos presenciales, que, aun cuando les pareciera justificado y oportuno a los generales rusos e italianos, daría acaso al traste con la paciencia y resignación de los pueblos aliados. Ni ofensiva resuelta, ni defensiva declarada; ¿qué hacer? No es envidiable el puesto de los jefes de los ejércitos francés e inglés.

La vasta extensión del frente ruso no se presta al estado de contemporización admisible en el del Oeste; por fuertes que sean las posiciones atrincheradas, no habrá medio de evitar una ruptura y la consiguiente maniobra, de suerte que hay que contar con la repetición de una campaña ofensiva de los imperiales, análoga a las anteriores. Si los rusos se redujeran a la expectativa, allanarían la ejecución del plan de su adversario; mientras que el agotamiento de sus tropas les priva de emprender operaciones de grandes vuelos. En malas condiciones para el movimiento, las circunstancias les aconsejan moverse, como única medida salvadora; el alto mando ruso, que tantos caminos tuvo abiertos hasta el verano pasado, se encuentra en una crucijada cuyas salidas son igualmente peligrosas.

Italia está empeñada en una contienda de objetivo más limitado, la opinión ha visto más claro, luego de pasado el período de entusiasmo, y el problema para ella se reduce a esperar que la guerra se resuelva en los otros frentes. El teatro austro-italiano conserva el papel episódico que adquirió desde el principio.

No se vislumbra, pues, en ninguno de los dos campos, la posibilidad de una resolución que por tener muchas probabilidades a su favor conduzca rápidamente al término de la guerra. Esta se encuentra en su período más delicado, y el más leve error tendría consecuencias irreparables, por repercutir en los otros frentes.

Habría que resignarse, por consiguiente, al espectáculo lamentable de una guerra de duración casi indefinida, de no surgir nuevas complicaciones que precipitasen su decisión, si no existiera un factor imponderable, que si no puede someterse a cálculo ni medida interviene poderosamente en las resoluciones de los directores: el factor moral.

El es quien precipita a los generales rusos a ordenar sus ataques, para reanimar el espíritu público y apartar de las tropas el recuerdo de la derrota; él es quien impulsa a los alemanes a sus incesantes ofensivas en Francia, para que el pueblo francés dé señales de mal humor e imponga una actitud más resuelta a sus generales; a la misma causa se deben la persistencia de la ocupación de Salónica, los progresos de los austriacos en Albania, todo o casi todo, en una palabra, lo que acontece en Europa.

Manifestada repetidamente por cada uno de los beligerantes la firme voluntad de resistir hasta el final, y organizadas las naciones para esta resistencia, la acción de las armas ha de dirigirse contra esa voluntad y romperla. Los ejércitos siguen siendo los instrumentos más eficaces, pero no los únicos: los golpes deben de resonar más allá de los últimos escalones de tropas; ha de buscarse la victoria militar, como camino que lleva a las fibras más sensibles de la nación; y como el triunfo definitivo en el campo

de batalla parece cada día más remoto, menos probable, conviene ensayar si los pequeños éxitos desengañan al adversario, le hacen perder las esperanzas de que mejore su posición y vuelve los ojos a medidas conciliadoras y pacíficas.

Llevando los imperiales la mejor parte en la guerra, la prolongada paralización de las operaciones devuelve la confianza a sus adversarios y deprime el espíritu público en el centro de Europa. Una victoria seguida de tres meses de inacción es una victoria estéril; preferible es una sucesión de pequeños éxitos que remachen en el enemigo la sensación de su inferioridad. Estas consideraciones, que se aplican particularmente al frente occidental, explican, a falta de otras mejores, la nueva marcha que los alemanes han impreso a la guerra en lo que va de año. En el teatro ruso, los éxitos, para que tengan iguales consecuencias, han de ser más amplios y más dolorosos para el vencido. Si uno de los dos grupos beligerantes espera el triunfo del agotamiento del otro, es lógico que este último demuestre que tal creencia no es más que una ilusión; si consiguiera este resultado, la guerra no duraría un día más. Los aliados, por su parte, están en el caso de llevar el convencimiento al ánimo de los imperiales, de que la fuerza de resistencia de la Cuádruple alianza es indestructible.

Del escarceo que se engendre de ambos propósitos, es muy posible que surja el duelo a muerte que todos desean, pero que nadie se atreve a entablar; puestas en movimiento máquinas tan formidables como los ejércitos modernos ¿quién se atreverá a enfrenarlas o encauzarlas, deteniéndolas cuando estén en plena actividad?

### III.—La premisa de la futura ofensiva

Los ataques alemanes en diversos puntos del frente occidental, y en particular los emprendidos en la región del Somme y en la de Verdun, pueden ser mirados como un tanteo de la muralla de acero y fuego que contiene el ímpetu del invasor. Cuando no otra utilidad, habrán deparado las ventajas de reavivar la moral de las tropas, mejorar las posiciones propias y, la muy importante, de averiguar la fortaleza de la línea enemiga.

Los reconocimientos aéreos y el servicio de espionaje e información dan a conocer a cada bando, en términos de suficiente exactitud, la organización y disposición de los atrincheramientos enemigos, la situación de almacenes, depósitos, talleres, ambulancias, la red de comunicaciones a retaguardia y la colocación de las reservas. Todos y cada uno de los elementos de ese complicado enemigo no son secretos para el partido contrario, que posee los detalles apetecibles sobre las medidas adoptadas por el otro. Pero hay algo que escapa a la información visual y a las noticias orales y escritas, y es la manera cómo circula la savia vital por aquel cuerpo monstruoso de miles de tentáculos. Porque el torrente circulatorio lo mismo puede corresponder a un organismo pletórico de vida, capaz de ponerse instantáneamente en activo movimiento, que a un sér anémico, al que le sea muy penoso el menor cambio de posición.

Desde noviembre de 1914, los frentes alemán y belga-anglo-francés no han sufrido, en lo esencial, ninguna modificación. Si a derecha e izquierda del eje que los separa, se trazaran dos líneas paralelas 5



kilómetros a uno y otro lado, los frentes actuales quedarían comprendidos en la estrecha faja resultante, salvo una leve excepción en el sector de Iprés. Los efectos de las operaciones militares han sido nulos para los dos ejércitos.

Como consecuencia de este hecho, dentro de la anormalidad de la guerra se ha creado un estado de normalidad innegable. En el frente de cada ejército, y dentro de él de cada cuerpo de ejército, división y brigada, se han establecido con caracteres de permanencia las tropas de primera línea, y a retaguardia han surgido los múltiples servicios auxiliares inherentes a toda masa armada, sin otras variaciones que las impuestas por el alto mando para asegurar el libre y oportuno movimiento de las reservas y la rápida traslación de tropas de un sector a otro. No es menester haberlo visto para saber que, esquemáticamente, la formación de batalla de cada cuerpo de ejército se aproxima mucho a la disposición que guardan sus unidades y servicios en los sectores atrincherados que ocupa. Sólo bastantes kilómetros atrás, el alto mando habrá podido desplegar sin trabas sus iniciativas para lograr el apoyo mutuo y la acción de conjunto en un momento determinado.

La larga permanencia de los cuerpos, aunque haya habido cambios y relevos, en los mismos lugares, necesariamente ha dado estabilidad a la organización del territorio que ocupan. La vida militar funciona de un modo muy parecido a la vulgar de guarnición; aunque los generales se hayan esforzado en mantener vivas las facultades de adaptación propias del régimen de campaña, no han podido luchar contra un estado de cosas superior a sus medios, cual es la sujeción forzada al terreno, siempre el mismo, que les ha sido impuesto.

Este es el mayor peligro que han de temer los beligerantes en el frente occidental, aparentemente invulnerable. ¿Puede ninguno de ellos responder de que su ejército posee las cualidades maniobreras de los meses de agosto y septiembre de 1914? Un éxito local de verdadera importancia, acarreado la dislocación de todo lo que hay detrás ¿no engendraría el desorden, la confusión, el barullo, en la línea entera? Desde el primer día se habrán preocupado los Cuarteles generales de esa temible eventualidad, pero sus medidas de previsión es imposible que hayan sido eficaces por sí mismas, toda vez que no ha podido ponerse a prueba el elemento decisivo, el hombre, el soldado, tanto aislado como encuadrado en su unidad. No creo que fuera hoy posible un avance tan ordenado de los alemanes como el que llevaron a cabo en los últimos días de agosto de 1914, ni una retirada tan metódica como la de los franceses en aquella época. Lo probable es que si la línea fuera rota se precipitaran los acontecimientos y sobreviniera un éxito definitivo para uno de los combatientes, bien porque el vencedor quedara aplastado por las dos ramas, al abatirse sobre él, del adversario, bien porque el vencido perdiera la cohesión y se dispersara. De suerte que, si bien es difícilísima y muy expuesta la ruptura del frente, si se llegara a ella las consecuencias serían más graves todavía que en una campaña desenvuelta con arreglo a los principios de la maniobra.

Natural es, por consiguiente, que antes de intentar un ataque a fondo procuren los beligerantes in-

dagar el grado de aptitud, para una campaña activa, en que se encuentre el adversario; ello es función en gran parte del espíritu de las tropas y de la iniciativa del mando, cualidades que se manifiestan a poco que se las interroga con el puño de la espada. Claman alemanes y aliados que la moral de sus ejércitos y su capacidad combatiente son ahora más elevadas que nunca, pero están en el deber de comprobar si el enemigo dice la verdad o se forja ilusiones. No sería caso nuevo en la historia el que uno o los dos ejércitos hubiesen degenerado, y que la formidable organización defensiva que los protege se asemejara a una máscara que cubre a un cuerpo raquítico o caduco. Ciertamente, lo probable es que tanto el ejército alemán como el aliado sigan siendo dignos rivales el uno del otro, pero en esta materia el pecado de omisión sería menos perdonable que el de la audacia. Como se aproxima la primavera, pudiera muy bien ser que el tanteo del frente enemigo por los alemanes tuviera por objeto el saber a qué atenerse sobre el estado en que se encuentran las fuerzas de los aliados, para preparar una violenta ofensiva o desistir del ataque, según lo que la experiencia enseñe. El riesgo no es de consideración; la ventaja indudable, porque la repetición de los éxitos, por nimios que sean, es uno de los muchos medios, y no el último, que cabe emplear para deprimir y abatir el espíritu público de la nación enemiga. De cómo haya respondido el ejército franco-inglés a ese tanteo dependerá el que los alemanes lleven o no al frente occidental una fuerte reserva para lanzarla, cueste lo que cueste, al ataque. Ello parece una premisa indispensable de las operaciones planeadas contra los rusos. Antes de que comience el mes de marzo, el alto mando alemán habrá formado concepto definitivo de la situación en Francia, y podrá acordar, con fundamento sólido, la decisión que debe de tomar. A ese período de investigación ¿sucederá otro análogo, emprendido por el alto mando de los aliados? El próximo mes promete ser más movido que el de febrero.

#### IV.—Verdun

Como situada en el vértice del ángulo que formaba la línea de defensa permanente francesa, y constituyendo el extremo izquierdo del frente principal, el del N. E., Verdun es la plaza más fuerte que poseen los franceses. Recuérdese el papel esencialísimo que desempeñó en la primera fase de la guerra. Por evitar el ataque directo al frente fortificado Belfort-Verdun que cubre la frontera de los Vosgos y Lorena, los alemanes efectuaron aquel inmenso movimiento envolvente a través de Bélgica, prefiriendo atacar las plazas belgas y dar un largo rodeo, que abrirse paso a viva fuerza por Verdun o Toul. Posible es que creyesen que si la maniobra envolvente por Bélgica tenía éxito, como lo tuvo, cayera fácilmente Verdun, amenazada por el E., atacada por el N. y cortada por el O. Después de las batallas de Mons-Namur, San Quintín y Guisa, o sea cuando el ejército francés emprendió una rapidísima y desordenada retirada hacia el Sena, los alemanes, dejando Verdun a la espalda, avanzaron hacia el S., limitándose a una demostración, pues no llegó a un ataque serio, contra dicho campo atrincherado. Como consecuencia, el grupo de ejércitos alemanes se encontró, el 5 de septiembre de



1914, con sus dos alas en el aire, pues la derecha presentaba el flanco a París, y la izquierda a la posición Verdun-Toul. El ataque de flanco del ejército de Maunoury, desde París, fué la causa inmediata de la retirada del Marne, pero también contribuyó decisivamente a ella la resistencia de Verdun, porque no teniendo donde apoyarse el ala izquierda alemana, para que todo el ejército girase a su alrededor cediendo ligeramente terreno el centro y el ala derecha, como pretendía von Kluck, se impuso la retirada general. En aquella ocasión, Verdun equivalió para los franceses a otro ejército lanzado contra el flanco izquierdo enemigo.

Fué tan rápido el avance alemán, desde el 26 de agosto al 5 de septiembre, y se creyó tan abatida la moral del ejército francés, que el alto mando no se preocupó demasiado, como han patentizado los hechos, de cercar la fortaleza, y ésta quedó libre cuando se ejecutó el repliegue del invasor. Posteriormente, los dos beligerantes han concedido a la fortaleza la importancia que realmente tiene. Un ataque fulminante y enérgico de los alemanes les puso en posesión del fuerte de Saint Mihiel y uno de los pasos del Mosa, al S. E. de Verdun; durante dos meses lucharon tenazmente franceses y alemanes por la conquista de los bosques de Argona, imprudentemente despreciados por el invasor durante el avance al Marne y la retirada al Aisne; y los altos del Mosa fueron teatro de sangrientas y largas batallas empeñadas por los franceses con el objeto, que fracasó, de librar a Verdun de la amenaza que suponía para ella la presencia de los alemanes en el Woewre.

Actualmente, es Verdun el punto de apoyo del frente anglo-francés que se extiende hasta la costa belga. Desde Verdun a los Vosgos, las líneas francesas son bastante más débiles que en el N., porque cuentan con la protección que les deparan las fortalezas, y también porque la red de ferrocarriles y carreteras se presta admirablemente—y fué ésta una de las previsiones francesas en tiempo de paz—al rápido envío de tropas y material desde el interior al N. E. Dependiendo toda la línea de la resistencia de su extrema derecha, los franceses han robustecido y completado por todos los medios la fuerza de la plaza. Un ejército entero, antes mandado por el general Sarraill y ahora por el general Humbert, tiene por misión defender el campo atrincherado, además de la guarnición de guerra de la fortaleza. Ésta cuenta diez fuertes a la izquierda del Mosa y trece en la orilla derecha: ocho al N. de la población y cinco al E. y S. E. Todos ellos son modernos, con cúpulas y escudos, y poderosamente artillados; se les ha mejorado más todavía desde que estalló la guerra. No considerando suficientemente esta protección, el ejército de operaciones se extendió alrededor del perímetro de los fuertes, a una distancia de 10 kilómetros de ellos, y organizó tres líneas sucesivas de atrincheramientos—análogos a los del resto del frente francés,—que es menester conquistar para llegar a las fortificaciones permanentes. Esto dará idea de la extraordinaria solidez de la posición francesa, indudablemente la más fuerte de cuantas hay en los diversos teatros. Sin contar las reservas, que habrán llegado y estarán llegando, las tropas del sector de Verdun no son menos de doscientos mil hombres, de ellos la mitad en el frente Norte, que es el actual

mente atacado por los alemanes. No eran estas precauciones excesivas, si se tiene en cuenta que Verdun es uno de los ejes, tal vez el principal, de la resistencia francesa y que su importancia ha sido ya puesta de manifiesto en la presente guerra, como se ha recordado antes.

El ejército del Kronprinz, acaso el mejor de los alemanes, está hace muchos meses establecido al N. E., N. y N. O. de Verdun, apoyando su ala derecha en el bosque del Argona; es el que ha iniciado el ataque. A su izquierda, en el Woewre, hasta Pont-a-Mouson, se encuentra otro ejército que, sin duda, no tardará en entrar en acción, para cooperar por el Este al asalto emprendido desde el N. y amenazar el flanco enemigo.

¿Se proponen los alemanes apoderarse de Verdun? Muchas razones pueden aducirse contra esta hipótesis, y algunas, en número bastante menor, a su favor, pero, en compensación, estas últimas son muy atendibles. Concretándose a lo más visible, por grandes y extraordinarias que fueran las pérdidas que costara la toma de Verdun, si los alemanes conquistaran la plaza tendría que ceder muchos kilómetros todo el frente francés, se dislocaría el enlace con el británico y no sería difícil la ruptura entre los dos; además, el ataque alemán, si es rechazado, no exponería a la temible eventualidad de que la contraofensiva enemiga condujera a una victoria importante, contingencia inevitable si el sector elegido hubiese sido el Artois, el Somme o la Champagne. En Verdun, la línea alemana forma un martillo que comprende entre sus ramas a la fortaleza, de modo que una acometida francesa tendría que ejecutarse a lo largo de los dos lados del ángulo, perdiendo eficacia por la extensión del frente, o descubriría uno de sus flancos. Otras razones podrían darse y muchas más en sentido opuesto, pero es ocioso especular sobre esta materia, porque desde hoy—26 de febrero—a la fecha en que se publique esta *Crónica*, la situación se habrá despejado y los lectores sabrán a qué atenerse.

Suponiendo que las batallas de Verdun sean un ataque a fondo, lo que por ahora no puede afirmarse, el alto mando alemán, habría rectificado por completo su plan de guerra. Este se enderezó a batir al ejército francés sin necesidad de expugnar y apoderarse de las fortalezas del N. E., y entre el asalto a ellas y la maniobra por Bélgica, se conceptuó preferible lo último. Al cabo de más de año y medio y en vista de la situación creada en el frente occidental por la presencia del ejército británico y las fluctuaciones de la campaña en Rusia, el gran cuartel general se decidiría por romper a viva fuerza la cortina de plazas. El envolvimiento por Bélgica no tuvo el resultado que se esperaba, imponiéndose el plan más sencillo—en la guerra lo más sencillo suele ser lo mejor—aunque lleve consigo pérdidas crueles. A este propósito, he de recordar que en mis primeras *Crónicas* sostuve insistentemente, fundándome en razones militares a mi juicio evidentes, que el ataque principal debía de llevarse a cabo contra la línea Toul-Verdun, y que las operaciones en Bélgica no tenían otro objeto que provocar una extensión del frente enemigo, para debilitarlo en el punto principal. No acerté; los alemanes se limitaron a una demostración en el N. E., mientras que por el



Norte ejecutaron el mayor esfuerzo, que creían de resultados decisivos. ¿Rectificarán ahora y será cierta mi tesis? Como quiera, nadie negará que la conquista de Verdun en los dos primeros meses de la guerra hubiera costado menos de la mitad de la sangre que luego se ha derramado estérilmente en las indecisas batallas de Flandes, Artois y Champaña. Dueños los alemanes de Verdun y con un ejército de maniobra en Bélgica, este reino hubiera sido conquistado con tan poco esfuerzo como lo fué, porque los franceses, obligados a replegarse al S. E., no hubieran estado en condiciones de extender su línea hasta más allá de la frontera belga. Los resultados generales hubiesen sido superiores a los obtenidos.

Pero desde septiembre de 1914, Verdun ha triplicado su capacidad de resistencia; lo que entonces era relativamente fácil, es ahora en extremo difícil, y parece extraño que los alemanes, con el aplazamiento de la embestida, hayan permitido a su adversario reforzarse cuanto ha querido y ponerse en condiciones de repeler un asalto. Lo más juicioso es esperar a que los hechos hablen por sí mismos, y nos digan: 1.º si la batalla de Verdun es una tentativa formal de conquista; 2.º si sólo es un episodio encaminado a llamar la atención del adversario, para caer sobre éste en otro punto; 3.º si es el preludio de una ofensiva más general. No tardaremos en salir de dudas.

#### V.—La situación el 29 de Febrero

El número de prisioneros que hicieron los rusos en Erzerum es de 13.000. Parece ya fuera de duda que los turcos sólo resistieron débilmente en los dos fuertes más avanzados, y evacuaron la fortaleza, luego de destruirla, ante la amenaza envolvente del ejército ruso que se acercaba por el S. E. Todo el territorio entre Erzerum y la frontera persa está en manos de los rusos; los turcos se retiraron hacia el O. y no se ha establecido el contacto entre ellos y sus enemigos.

No hay nuevas noticias de Persia, ni de Mesopotamia. Las tribus árabes de las costas orientales del mar Rojo se han alzado contra los ingleses, que han tenido que replegar sus avanzadas; también han retrocedido los destacamentos británicos que patrullaban al E. del canal de Suez, en dirección a la frontera turca. En el teatro ruso están en suspenso las operaciones, lo mismo que en Salónica.

Prosiguiendo su avance en Albania, los austro-húngaros derrotaron a las tropas albanesas e italianas establecidas en los alrededores de Durazzo, y han ocupado esta población, evacuada por los italianos a bordo de algunos barcos dispuestos al efecto. Con la toma de Durazzo, el único punto de Albania que está todavía en poder de los italianos es Valona; se anuncia el propósito de éstos de resistir a todo trance; lo mismo se había dicho de Durazzo. Con todo, es más importante Valona que Durazzo para los italianos y la defensa más fácil; como su pérdida significaría la del canal de Otranto, lo lógico es que la plaza no sea abandonada sino en último término.

En el teatro austro-italiano, los cañoneos y reconocimientos de siempre.

La atención, esta vez con hartos motivos, está pendiente de lo que acontece en el frente occidental. En toda la línea se mantiene la actividad alemana, prin-

cialmente en el sector de Ipres, Artois, Champaña y Alsacia, aparte de Verdun. En Champaña, los alemanes han conquistado las trincheras de primera línea, en un frente de 900 metros, apresando más de mil franceses. La actitud, manifiestamente ofensiva, del invasor en los puntos más importantes de la línea, hace temer a su adversario que sobrevenga en el momento menos pensado un ataque vigoroso, como el de Verdun, favorecido por la debilitación producida en el frente francés por el envío de refuerzos a la región entre el Mosa y el Mosela.

Las batallas de Verdun, empeñadas en el punto más fuerte de la organización general defensiva de los aliados, han adquirido una intensidad extraordinaria, que supera a las de Ipres y Artois. No es un amago, ni una demostración, sino un ataque a viva fuerza contra la fortaleza más formidable que hay en Francia. Este hecho, después de tantos meses de enervantes operaciones de trinchera, demuestra lo que tantas veces he dicho: que el atrincheramiento de los frentes era una dificultad grande, muy grande, contra la guerra activa, de maniobra, pero no un obstáculo invencible; ningún valladar material es capaz de prevalecer sobre una voluntad bien templada.

Hasta ayer los alemanes se habían apoderado de los fuertes del N., acercándose a unos cinco kilómetros de la ciudad de Verdun; tales fuertes eran de reciente construcción, porque los franceses consideraron anticuados los que tenían en 1914 y emprendieron obras de refuerzo en ellos, además de alzar otros un poco más lejos de la plaza, que son los que han caído en poder de los alemanes. Se combate fieramente en este frente, pero la acción se ha extendido al E. Aprovechando, en efecto, los alemanes el avance de sus líneas del norte y la concentración de las fuerzas francesas en esta región, desarrollan un movimiento de grande extensión en el Woewre, que hasta ahora no tropieza con las dificultades de la maniobra del Norte; ha llegado, por término medio, al E. y S. E. de Verdun a unos doce o trece kilómetros del recinto interior. Como Saint Mihiel está en su poder hace muchos meses, se advierte desde luego que si este movimiento se sostiene, no tardara Verdun en quedar aislada por tres de sus cuatro frentes, y la artillería sitiadora podrá concentrar su fuego de un modo concéntrico contra los defensores, agrupados en una extensión de terreno relativamente reducida. Esto induce a creer que tal vez no prosiga con energía el asalto o ataque a viva fuerza, cuyo objeto principal habrá sido permitir a la artillería pesada ejercer sus efectos destructores sobre las defensas de la fortaleza. Parece comprobada la presencia de los morteros austriacos de 30.5 centímetros, pero no la de los enormes de 42, aunque los franceses insisten en que han entrado en fuego. La situación no ha llegado a un estado definitivo, y hay que aguardar algunos días antes de deducir consecuencias.

El botín de guerra cogido por los alemanes en las batallas de Verdun, desde el 21 al 29 de febrero, asciende a 17,000 prisioneros, 78 cañones, varios de ellos de los más modernos, y 86 ametralladoras, aparte del material de menos importancia.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

1.º de marzo 1916.

Derechos reservados